RAQUEL SAENZ

La Almohada de los Sueños

POEMAS

EDICION

1947



RAQUEL SAENZ

LA ALMOHADA DE LOS SUEÑOS

POEMAS

SEPTIMA EDICION

1947

Antes dediqué esta obra a la memoria de mi padre querido y a mi adorada madre en vida. Hoy... es a los dos en la Eternidad.

No puedo darte el júbilo de esta nueva edición, madre mía, pero me aferro a la ilusión de Amado Nervo: «Los muertos oyen mejor. Sonoridad celeste hay en su caja.»

Para tí, padre querido:

Para tí, madre adorada:

A través de mi llanto. Con los brazos tendidos. Desde mi soledad.

Nuevamente estará este libro ante los ojos y el corazón de mis lectores. Doy a la imprenta estos poemas, evocando aquella vez que tú lo hiciste, madre mía, robando a mi modestia y temor de fracaso los originales que más tarde habrían de ser consagrados por la crítica, dándome una gloria que es más tuya que mía.

Van a la imprenta como tú los llevaste; acompañados de las primeras opiniones que me alentaron; —van así, como si tu lo hicieras, madre, porque tú me guías desde el «allá» impenetrable; y mis ojos, cerrados a la vida,

escrutando la sombra que te esconde, sin mirarte te ven.

Padre:

Madre:

Para los dos mis versos, como mi corazón.

Pero el caso de Raquel Saenz con su «Almohada de los Sueños» es el de una hoguera que se extingue, de un corazón que desfallece, de una sensibilidad que se desgrana. Esa mujer tiene el secreto de comunicar sus sentimientos en sus estrofas, y como es esencialmente femenina se apodera del alma de las mujeres porque dice lo que ellas no supieron decir, y del alma de los hombres porque les manifiesta —sin reprochárselo— su incomprensión y su impiedad. En su martirio no hay amargura, en sus ansias no hay pecado ni hay en sus ilusiones doblez. A pesar de su derrota quisieran ser «ella» todas las mujeres, y todos los hombres envidian al amante que inspira sus cantos.

Pocas veces ha cristalizado la poesía emociones amorosas comparables a las que sugiere «La Almohada de los Sueños».

LUIS RUIZ CONTRERAS (1)

---

(1) Del prólogo que figura en la edición española, obsequio del ilustre escritor don Luis Ruiz Contreras a la poetisa uruguaya. — *N. del E.*

OBRAS DE RAQUEL SAENZ:

Bajo el Hechizo (Premio Ministerio de Instrucción Pública 1931) 4ª edición.

Voz y Silencio (El Libro de mi Madre) 1936.

I PARTE

¡Sueña.. sueña... sueña, espíritu mío
Porque si no sueñas, morirás de hastío!

¿Qué importa que nadie tu ansiedad com-
[prenda?

¡Hazte un mundo aparte; vive tu leyenda!

Sueña... sueña... sueña, en tu excelsa torre

En tanto la vida, hacia el final corre.

Vuela a tu albedrío y pósate en todo

Lo sublime y bello, huyendo del lodo.

¡Hay tantas alturas donde reposar!...

¡Sueña!

¡La ventura, consiste en soñar!

Canto al Amor

Amor:
¡Toma mis labios y bésalos
Aunque después,
Pongas acibar en ellos!
Entra a mi alma por mis ojos
Aunque me ciegues
Con tus destellos!
¡Pon espinas en mi senda!
Mi planta las pisará,
Y en pos de tí seguirá.
Amor:
¡Qué importa que seas Dolor!
Quiero quemarme en tu fuego
Y en holocausto me entrego.
¡Quiero ser llama en tu hoguera!
¡Llévame como bandera
Arrancada al enemigo!
¡Mátame Amor!
Si me matas,
Te bendigo!

Ensueño

El prado irradiaba
Bajo el sol radiante.
Yo me saturaba
De luz y color.
En brusca bandada
Volaron mis penas.
Mi loca alegría
Se desparramaba
Como un surtidor.

Y todas las rosas
Parecían mirarme.
Y a todas las rosas
Yo les sonreía.
Y así les decía:
¿Bajo de este palio
No estuvo mi Amado?...
¿No pisa su huella
La sandalia mía?...

¿No pasó mi Amado
Y os dejó un mensaje?...
¡Decídmelo rosas!...
Porque esta alegría,
Debe ser presagio
De cosas hermosas...

¿Es que está aquí acaso?...
¿Lo ocultáis traviesas
Tras vuestro follaje?...
¿O es que se ha quedado
Todo él diluído
Dentro del paisaje?...

¡Lo escucho, lo siento,
Lo miran mis ojos!...
¡Está aquí, a mi lado
Postrado de hinojos...

(Un golpe de viento
Deshizo una rosa,
Que me cubrió toda
De pétalos rosa).

Y quedé en ensueño,
Hasta que el crepúsculo
Me vino a llamar...
¡Y dejé en el prado
La esencia del alma
Para que mi Amado
La vaya a aspirar!

El alma que espero

¡Oh! si tú llegaras a mí muy cansado
De gustar amores... de peregrinar...
De haber saboreado mieles y hieles...
¡Oh! si así vinieras!...
¡Te daría mis brazos para descansar!

Y si tú llegaras con hiel en los labios
Y el rictus doliente que imprime el hastío,
Con tus lanzas rotas, triste, derrotado,
Buscando un refugio piadoso a mi lado...
¡Si así a mi vinieras...
Cómo sería tuya... ¡Cómo serías mío!

Así es como sueño que llegues!... ¡qué lle-
[gues!
Muy triste y enfermo!... ¡Sintiéndote viejo,
Con vagos temores de no hallar cariño...
Con remordimientos de un pecar añejo...
Ingenuo... y muy docto... muy viejo... y
[muy niño!

Un suave refugio te ofrenda en sus brazos
Que ha tiempo te aguardan, esta mujer bue-
[na;
¡No importa que llegues hastiado... vencido,
Si del negro lodo que hayas recogido
Me ofreces el alma como una azucena!

Reto

Hombre:
Me has dado miedo,
Con tu mirada intensa,
Con tus labios de fuego,
Que ya están deformados
De besar... y besar...
Me he sentido paloma
Mas, elevando el vuelo
He ascendido a la cumbre
Cual águila triunfal.
Y he subido ¡tan alto!
Que me animo a gritarte:
¡Ven a mí, si te atreves!

. . . .

¡No llega a estas regiones Satanás!

Tortura

Tomaría entre mis manos tu cabeza
Y con mis ojos fijos en tus ojos,
Llegaría así hasta el fondo de tu alma.
Luego me acercaría,
Hasta rozar mis labios con tus labios,
Mas.. no los besaría!

Dejaría que aspiraras mi perfume.
Te envolvería en la luz de mis pupilas.
Despertaría el clamor de tus antojos,
Pero, cuando anhelante
Quisieras estrecharme entre tus brazos...
Huiría en vuelo triunfante!

Desvanecerme ante tus mismos ojos:
Volverme luz, ser brisa acariciante,
Que tendieras los brazos para asirme...
¡Y no poder lograrlo!
¡Que sintieras el roce de mi beso...
Sin llegar a alcanzarlo!

Ser tu Imposible.
Tu falaz Quimera.
Esperanza y tortura de tu espera.
¡Ser llama de tus ansias infinitas!
Y amada... amada... amada...
¡Ser en tu vida: todo!
¡Hasta que todo tú, te vuelvas nada!

Sus Ojos

He mirado sus ojos tan cerca,
Que aún estoy mareada.
¿Qué influjo maléfico
Tiene su mirada?...

Sus ojos de abísmo,
¡Me arrastran... me arrastran
A donde ellos quieren!
Voy siguiendo dócil,
Por todas las sendas
Que me sugieren.

Yo sigo con ellos,
Como si se hubieran
Fundido en los míos
Y por los senderos
De sus desvaríos
Voy inquieta y loca.
¡Hoy sentí sus ojos
Como áscua en mi boca!

Hoy sentí en mi boca
Su mirada, abismo
De los embelesos...
¡Y la blanca torre
De mi misticismo,

Se volvió un incendio
Quemada en los besos
Con que me envolvieron
Sus ojos traviesos!

Azul

Llegaría hasta tu mesa de trabajo
hecha un nimbo de luz, blanca, incorpórea.
Te envolvería en destellos,
y mis manos, cual rosas moribundas,
leves y lentas se deshojarían
sobre tu frente, y la acariciarían...

Mi luz pondría en la gruta de tu alma
un chorro de alegría.
Tú cerrarías los ojos
para impregnarte más de esa luz mía,
y yo te besaría
en la frente... en la boca y en los ojos,
¡y en esa cruz radiante,
ese sublime instante...
lo crucificaría.

La Carta

¡Oh, la carta esperada!...
Ya está aquí, y en mi mano aprisionada!

¡Paloma mensajera!
¿Qué le traerás a mi quimera?

Ven, ven aquí, sobre mi seno
reposa, en tanto mi inquietud sereno.
Ahora que estás conmigo
prolongar más la espera no es castigo,
¿Acaso no ha de darme
un mundo de ilusión cada renglón?
¡Si el trazo de mi nombre
ya es un poema para mi corazón!

Aguarda, aguarda alma. Espera... espera...
¡que la dicha ya está aquí prisionera!

¡Oh, la carta anhelada!
¡Pensar que mi ansia inmensa
en sobre tan pequeño está encerrada!

Mi corazón alado,
buscará para leerla
el sitio, del jardín, más apartado.

¡Pájaros!
Rosas!
¡Sol!...
¡Azul del día!
¡Dad marco a la alegría
que me trajo la carta de mi amado!

Holocausto

Entre todos los hombres: ¡tú!
Mi alma es una monja blanca y triste
Como las desposadas de Jesús.

Mi alma es una monja triste y blanca,
Que ha renunciado al mundo por tu amor
En el mundo le está vedado amarte,
Y para amarte, te transformó en Dios.

Y ante tu altar, de espaldas a la vida,
Cual lo hiciera una sierva de Jesús,
Se entrega toda a tí en suprema ofrenda,
Y es su oblación perpetua:
¡Entre todos los hombres... tú!
¡Entre todos los hombres... tú!

En Silencio

Adoro tu silencio.
Cuando calla tu voz,
Después de habermo dicho
Todas las cosas bellas
Que se pueden decir...
Cuando quedas callado,
Tu silencio tiene algo de sagrado:
Yo me veo en un altar,
Y pienso que en silencio
Tú te has puesto a rezar.

Y me miras... me miras...
Y te miro... te miro...
Y en silencio te admiro,
Como a algo más que un hombre.
Y te estrecho las manos...
Y no sabes decir más que mi nombre!
¡Y vuelves a callar...
Y siento que te adoro
Al sentirme adorar!

Quiéreme así...

Quiéreme con unción, místicamente.
Ponme junto al recuerdo de tu madre.
Que tus manos, que saben de pecados...
Sepan ponerse en cruz para adorarme.

Quiero ser lo más puro de tu vida.
Ingenuidad, en tu alma de salvaje.
Estrella que haga levantar tus ojos,
Y al cielo miren para contemplarme.
¡Quiéreme como soy: luz de tu espíritu!
¡No me quieras de carne!

Cumbre

He subido a la cumbre y estoy sola.
He subido a la cumbre y siento frío.
Hombre, que de la tierra
Me ofrendas tu cariño:
¡Que suba a mi, la llama de tu hoguera!
Que la más leve chispa de tu llama
Ascienda... ascienda... ascienda
Y junto a mí, sea estrella!
Que la más leve chispa de tu llama
Se prenda a mi, para incendiarme entera,
¡Y quemada en tu fuego,
Mi alma logre la muerte que anhela!

Tu Risa

¡Oh, tu risa de niño!
¡Yo besaría tu risa!
Sin que tú lo pidieras,
Sin que tú lo advirtieras,
En espontáneo impulso
A tí me acercaría...
¡Y un beso te daría!
¡No uno, más que uno!
—¡En tu risa de niño
Yo pondría
Muchos besos de armiño!—

¡Serían besos tan albos...
Como es alba tu risa!
—Lo espontáneo es sagrado...
Lo espontáneo es verdad...
Yo confieso un deseo,
Que el pudor callaría.
¡Tu risa es tan ingenua,
Que yo la besaría
Con toda ingenuidad!

Hosanna!

¡Me ha besado... me ha besado!
Correría,
Por caminos y caminos
Pregonando mi alegría!

¡Me ha besado!... y al besarme
Su alma estaba de rodillas.
¡Hosanna! hoy está mi torre
Cubierta de campanillas!

¡Suenen... suenen locamente
Las campanillas de plata!...
En tanto que mi alegría
Portentosa se desata!

¡Tengo en los labios sabor
De los besos de mi Amado!
¡ Yo quiero gritarle al mundo
Que en los labios me ha besado.
Y que conquisté la gloria
Con el beso que le he dado!

La derrota de un clavel

Claveles rojos
En mi pelo negro
Claveles rojos,
Sobre el pecho mío.
Y un clavel rojo
Preso entre mis dientes
Reta a mis labios
A un desafío.
Está el Amado.
Contempla el cuadro,
Y en la contienda
Quiere ser juez.
¡Besa mis labios
Y en su derrota,
El clavel rojo
Cae a mis pies!

Nocturno

¡Estrellas... estrellas... estrellas!...
Para mi Amado, y para mi.
Rumor de olas,
Y aromas turbadoras de jardín.
Nuestras cabezas juntas
Con el pelo mezclado,
Ser un trozo de noche.
Nuestros ojos
Como cuatro estrellas
En el cielo clavados,
Y las estrellas
Alumbrando el cielo
Por los dos formado!

Medalla Invisible

Me besó en el pecho
Y aún estoy sintiendo
Su beso de fuego.
Medalla invisible
Pendiente a mi cuello
De la áurea cadena
De los embelesos.

¡Aún siento su beso!...
Aún siento su beso!...
¡Fugaz llamarada
Que dejó un incendio
Dentro de mi alma!!

Sed

Desde el fondo de mi enojo
Te adoraba.
Desde el fondo de mi enojo
Te llamaba.
Suplicante me pediste
Un beso, y no comprendiste...
¡Cuánto ansiaba
Aquel beso que pedías
Y mi orgullo te negaba!

Y partiste para siempre de mi lado.
¡Humillado...
      ¡Derrotado!
Pero en mi labio quedó
Como perenne castigo
El beso que te negué.

¡Sed que tortura mi boca!
¡Sed que reclama la copa
Que quebré!

No son lindos mis ojos

¡No son lindos mis ojos
Tú me has dicho,
Que no hay otras pupilas
Más bellas... más serenas...
No son lindos mis ojos:
Es que ansían,
Una dicha
Que nunca ha conquistado
Mi alma buena!

Por eso es que están tristes.
Por eso mi mirada,
Como suave linterna va escrutando
Las sombras del camino.
—De ese camino,
Por el que tú cruzastes atrevido.—

Audaz, en mi sendero
Por ver mis ojos detuviste el paso.
Y mis ojos ansiosos te miraron,
Y luego te siguieron...
Por otra senda que se llama Dicha,
Y que yo hollar no puedo.

¡Te siguieron mis ojos!
¡Se alargó mi mirada!

¡Se alargaron mis brazos y mis ansias
Hacia ese derrotero
Por el que sigues tu peregrinaje
Y que yo hollar no puedo.

Y así he quedado en medio del camino,
Añorando esa dicha.
Y por eso están tristes
Mis oscuras pupilas.

. . . .

No son lindos mis ojos,
Es que el alma,
Se ha asomado a mis ojos y te mira!

...Y ya no me hallarás

Dentro de poco tiempo,
Seré solo un recuerdo para tí.
Aunque tú no lo quieras...
Tendrá que ser así.

Seré como una luz,
Que se apagó cuando empezó a brillar.
Seré como una de esas mujeres,
Que pasan por tu lado, y que la niebla
Las esfuma al pasar.

Quedaré en tu retina,
Mezclada a muchas formas,
Muchos rostros;
Pero de esa farándula
De mujeres fantasmas,
¡Surgiendo de la sombra
Fulgurarán mis ojos!

Serán como dos astros
Que iluminen la noche de tu olvido
Yo sé que al contemplarlos,
Sollozarán tus ansias:
¡¿Por qué te has ido?!...

¡Y habrá un silencio grande!
¡Un silencio de muerte!

¡Y cerraré los ojos por no verte!
Y buscarás mi rastro...
Y solo habrá tiniebla.
Y yo estaré muy cerca y muy callada...
Refugiada en la niebla.

. . . .

Dentro de poco tiempo,
Seré solo un recuerdo para tí.
Aunque tú no lo quieras:
¡Será así!

Llama Eterna

Dudas que yo me aleje y, sin embargo,
Así ha de ser. Mi espíritu cansado
De sufrir por amarte ha preferido,
Someterse al suplicio de la ausencia
Aunque me exponga a provocar tu olvido.

Mas... ¡no me olvidarás, que mi recuerdo
Te seguirá en pesares y alegrías!
No podrás olvidar a quien te quiere
Más que ninguna, y por amarte tanto
Morir de amor lejos de tí prefiere.

¡El deseo es eterno, y un deseo,
He sido para tí, y al no saciarlo
Cual llama eterna brillará en tu vida!
Yo me iré lejos... donde no me veas
Pero mi llama quedará encendida.

Y en otras bocas, buscarás mi boca.
Y en otros ojos, buscarás mis ojos,
Y errante siempre irás de huella en huella,
Pidiendo delirante a las mujeres:
¡Dadme los ojos y los besos de ella!

Juntos en la distancia

«Quizá ya nunca
nos encontremos.
Quizá ya nunca veré
a mi errante desconocida.
La misma barca de amores
juntos empujaremos.
El uno a un lado y el otro al otro
como dos remos...
¡toda la vida bogando juntos,
y separados toda la vida!»

Y ahora iremos así, por el camino
Sin volver la cabeza.
Sin mirar al pasado que dejamos
Como una cosa muerta.
Peregrinando bajo el mismo cielo
Pero por senda opuesta.
Tú, huyendo de mi amor, y yo del tuyo,
Pero aferrados a una misma idea.

Separados al fin, mas siempre unidos
Por nuestros pensamientos.
Con ansias de olvidar, y tropezando
Con todos los recuerdos.
Marcharemos así... por senda opuesta.
Marcharemos ¡huyendo... siempre huyendo:
¡Y cuanto más se agrande la distancia,
De reencontrarnos crecerá el deseo!

Y cuando llegue el fin inevitable,
Y por muy triste, me recoja el cielo,
Miraré hacia tu senda
Y la veré muy lejos!
¡Pero sabré mostrarte mi camino
Transformada en lucero!

Mensaje

Yo le he dicho a la brisa que acaricie tu frente.
Que te bese en los ojos... Que te diga al
[pasar
¡Todas aquellas cosas que yo te dije un día!
¿Con el fervor de entonces... tú las escucha-
[rás?...

Yo le he dicho al silencio, que se torne más
[grave
Y le he dicho al recuerdo, que me lleve has-
[ta tí.
Y que cuando en la noche todo se halle en
[suspenso,
La obsesión de mi imagen no te deje dormir.

Yo le he dicho a la lluvia, que golpee tus
[cristales,
Que te hable de mi llanto... que te llame
[por mi...
¿Reclinarás la frente sobre el cristal forjando
Lo que yo fatalmente no te puedo decir?...

¿Recojerán tus labios los besos que mi boca
Sin sosiego te envía?...
Si los sientes llegar...
¡Extiende tus dos brazos!...
Luego en cruz sobre el pecho
¡Ciérralos!...
¡Y ya no pido más!

"Ausencia es Aire"

Nos huimos y nos amamos.
Nos huimos... y nos deseamos.
«Ausencia es aire
Que aviva el fuego grande»
Y en ese fuego,
Nos abrasamos.

Cruzo el camino
Por donde pasas
Solo por verte.
Y si te hallara,
¡Te volvería la cara
Dándote pruebas
De aborrecerte!

Si no te veo,
¡Torturante es la angustia
De mi deseo!
¡Siento la muerte!
En tanto que mis ojos
Besan el sitio
Donde acostumbras
A detenerte.

¡Nos huimos... y nos amamos!
¡Nos huimos... y nos matamos!
«Ausencia es aire
Que aviva el fuego grande»
¡Y en ese fuego
Nos abrasamos!

Miedo

¡Mejor que no te vea!
Si te hallara a mi paso,
Con ímpetu salvaje
Tu nombre gritaría.
En tus brazos amantes
Derrotada caería
Otorgándote el beso
Que tu ansiedad implora,
(Aunque todas las piedras
Me arrojaran,
Como a la pecadora).

¡Mejor que no te vea!
¡Que no escuche tu voz!
¡Déjame quieta... quieta!...
No me llames, ¡por Dios!
Deja que ausencia ahonde
El abismo que existe
Entre los dos!

Desde que no me besas,
Soy una estatua inerte.
Todos dicen: ¡de piedra es!
¡Es fría cual la muerte!
¡Déjame... no me llames!
Vibraría por quererte!...
¡Déjame... no me llames!
Que quiero aborrecerte!

Mi Muerte

¡Y como le soy fiel a tu recuerdo!...
Fiel, cual le fuí a tu amor.
Lo acaricio... lo escruto... lo remuevo...
¡Es como un vicio que arraigado llevo
Que me atrae... me domina... y a él me entrego
Saboreando embriagada mi dolor!

¡Huyo de tí, con tu recuerdo a cuestas,
Y no me abruma el peso del madero!
Voy huyendo por sendas apartadas
Por evitar del vulgo las miradas
Y que no sepan de qué muerte muero!

Me suicido en recuerdo! Y es tan dulce
Esta tristeza de morir pensando,
Que no ha de ser más grata la alegría!
¡No cambiara por nada esta agonía
A la que en carne y alma me voy dando!

Llámame

Si es que ríes... olvídame.
Mi recuerdo se ha hecho
Para alegrar tus males.
Si es que sufres... recuérdame.
Si desfalleces... ¡llámame!

Yo acudiré piadosa.
Estas mis buenas manos
Hilas harán para curar tu herida;
Que aún quedan en mi manto de ilusiones
Unos pocos jirones
Para alegrar tu vida.

Si sientes de la Muerte
El frío anunciador,
Estos mis ojos buenos
Enjugarán su llanto
Y tendrán mucho fuego
Para darte calor.

Si es que sufres... recuérdame.
Si desfalleces... llámame.
¡No rías, no, no rías!...
Y en todos los instantes...
¡Ámame! Ámame!

Claveles Rojos

Quiero un manojo enorme de claveles
¡Rojos, muy rojos!
¡Para abrazarlos
Fuerte, muy fuerte!
Hundir mi cara en ellos,
Cerrar los ojos.
Y aguardar a la muerte.

Después de muerta,
¡Cubran claveles rojos
Mis fríos despojos!
¡Eche sobre mi fosa
Rojos claveles
Mano piadosa!

¡Rojos claveles!
¡Rojos claveles!
¡Remembranza de besos
Mieles y hieles!

Sobre mi tumba
Cual rojas bocas,
¡Pregonad a la brisa
Mis ansias locas!
Que ella lleve los ecos
De la leyenda
Mía, y de aquél,
A quien le dí mi alma
Por un clavel!

La hora de nuestra cita

A la puesta del sol tú me recuerdas.
Dices que voy a tí todos los días.
—Es la puesta del sol, la hora de cita
De las melancolías.

Dices que me recuerdas a la hora
Que el sol sangrando entre las sombras muere.
A la puesta del sol callan mis labios,
Y el corazón te grita que aún te quiere.

Y en el trágico rojo del celaje
Hay sangre de mi herida.
Y en ese sol, que muere en la penumbra,
Hay algo de mi vida y de tu vida.

De nuestras vidas truncas;
De nuestras almas tristes
Que se citan a la hora del ocaso.

. . . .

¡Oh, si la sombra arcana las uniera
En un eterno abrazo!

Intima

Me aparté del camino.
Me alejé de tu lado,
Pero perdí la vida
En el camino andado.

¿Qué soy sin tu cariño?
Lejos de tí ¿qué soy?
Huyo de tí y te encuentro
Donde quiera que voy.

¡Si te llevo conmigo!
Por guardar mi querer,
En el fondo del alma
Te he venido a esconder...
Y cerrando los ojos,

Es cuando más te veo.
E implorando al Olvido
Me responde el Deseo.

¡Te has mezclado a mi vida
Y sin tí nada soy!
¡De que vale que huya
Si como ayer soy tuya
Y mañana, como hoy!

Los mismos puñales

En mi corazón,
Puñales clavaste
Y ahora quieres
Que mi corazón
Viva para amarte.

Te quejas del frío
Que envuelve mi carne,
—Ahora soy de piedra,
Si antes fuí vibrante—.
Sepulcro es mi boca,
Desde que tu boca
Dejó de besarme;
Y su hondo silencio,
Será el epitafio
Que ha de contestarte.

¡No grites!... ¡No implores,
Porque muerta estoy!
¡Los mismos puñales
Con que me mataste,
Han de hundirse ahora
En tu corazón!

La suave crueldad

Si por el daño inmenso que me has hecho
Dios, en gracia suprema me dijera
Que el castigo a tus faltas eligiera...
Te miraría a los ojos largamente,
Y con mi voz más dulce te diría:
—¿Por qué me has hecho mal, si te quería?...
¿Por qué me has hecho mal?

. . . .

¡Se que a mis plantas tú caerías de hinojos,
Y en el mirar sereno de mis ojos
Hallarías la condena celestial!

Respuesta

¡Oh mis versos locos!
¡No les hagas caso!
Destellos de plata
La luna derrama
Sobre el campo raso...
¡Pero en él no está!...
El campo la mira
Y está quieto... quieto...
Pensando que al cielo
Nunca llegará.
Mas la luna, buena
Su caricia blanca
No le negará.

¡Déjame que cante,
Y deja que lleve
A todos los seres
Luz de mi canción!
¡Mi alma cual la luna,
Llega hasta la tierra,
Aunque ella esté lejos
De mi corazón!

¿Por qué hay en mis versos
Nostalgia de amores?...
¿A quién amor pido
Con exaltación?
Cuando niña era

Madre de muñecas...
Hoy *juego a los novios*
Con una ilusión.

¡Oh mis versos locos!
¡No les hagas caso!
Yo, como la luna,
En canción me doy.
Mi alma luminosa
A todos alumbra,
Y en mis versos locos
Estoy... y no estoy!
. . . .
¡Mi canto es de todos
Y de nadie soy!

II PARTE

¿Es la vida la que pesa
O es que pesa el corazón?
¿Está en mí, o está en la vida
Lo amargo de mi canción?
¿Es que vivo razonando
O es que perdí la razón?
Marcho buscando... buscando
Algo que será ficción
O realidad, ¡no lo sé,
Pero tengo la certeza
De que nunca lo hallaré!

A mi Padre

¡Santo... Santo... Santo!...
¡Santo Padre mío que estás tan distante!
En aquella estrella
En la más brillante
Tú tienes tu albergue.
¿Me ves desde ahí?
Con la leve escala
De mi pensamiento
Yo me elevo a tí.

¡Santo... Santo... Santo!...
Yo sé que en los cielos
Dios tendió su manto
Para que lo hollara
Tu cansado pie.
Camino de espinas
Fué el tuyo en la tierra,
Y si Dios lo quiso,
Justo es que a tu alma
Le otorgue la palma
Que al bueno promete
La divina Fe.—

¡Santo... Santo... Santo!...
Para bien llorarte,
Es muy poco el llanto

De toda mi vida!
Yo quiero hacer más.
¡He de ser muy buena
Para que en la muerte,
Me quepa la suerte,
De ir donde tú estás!

Los Asfaltadores

La calle parece un hormiguero.
Tierra y piedras movidas,
y montones de obreros.
Cientos y cientos
de hombres trabajadores
que mezclan sus ardores
En la lucha del pan,
y yo los analizo
con mis ojos piadosos
preguntándome grave:
¿Pensarán?...
¿Soñarán?...

¿Serán sólo engranaje
de civilización?
¿No habrá en cada uno de ellos
un corazón
una ambición,
un sueño de conquista?...
Y cruza por mi mente
la visión roja y negra
del anarquista.

Y es un rodar continuo
de carretillas
que reciben y vuelcan

las piedrecillas.
Y nn chistido de palas,
y un golpear y golpear,
y brazos que se mueven,
y cuerpos que se inclinan
con resistencia singular.

¡Oh, máquinas humanas,
cuánta piedad me inspiran!
¡Si ellos supieran
que hay dos ojos llorosos que los miran!...

De pronto se interrumpen
todos los ruidos
y esos rostros oscuros
por el rigor curtidos,
se iluminan al paso
de una lujosa y bella mujer.
¡Y hay miradas ansiosas!
¡Otras desesperadas!
otras tristes... humildes... resignadas...

Esa mujer que pasa,
nunca la alcanzarán.
Y sigo meditando:

. . . .

¿Pensarán?...
¿Soñarán?...

Grito

¡Que ría... ¡que ría!...
Que sepulte en risa
Mi melancolía!
¡Que estalle en mis versos
En estruendo loco
Mi loca alegría!
¡Que ría!... que ría...

¡Oh! si yo pudiera
Sentirme gozosa!...
¡Oh! si yo contenta
Fuese por la vía,
¡Aturdiría a todos
El cascabeleo
De la dicha mía!
¡Que ría... que ría!...

¡Si eso es lo que quiero!
¡Si eso es lo que ansío!...
Si derecho tengo
A reir, Dios mío...
Tú, el Omnipotente,
Tú, el gran justiciero
¿No sabes acaso
Que de pena muero?...
¿Que es larga mi pena

Y que siempre he sido
Buena... buena... buena?...
¡Dame mi alegría,
Que todos me piden
¡Que ría!... ¡que ría!...

¡Oh! Tú, que conoces
El hondo secreto
De mi honda tristeza...
¡Oh tú, que bien sabes
Por qué es que no río...
¡Dame esa alegría
Que pido y me piden.
¡Dame lo que ansío!...
¡Dios mío!... ¡Dios mío!

El Arbol Solitario

Era un árbol muy solo
En el largo camino.
Era un árbol aislado;
Parecía un maldecido.
Como por un dictamen
Del aciago destino,
Aquel árbol tan solo
En el largo camino había nacido.

Y aquel árbol tan solo
Se moría de tristeza.
Frente a él, a lo lejos,
Entre verde maleza,
Mil árboles crecían
Tan juntos, que sus copas
Sólo una copa hacían.
El solo estaba aislado,
En espera de algo
Que nunca había llegado.
(Tal vez ansiara el hacha
Para morir tronchado).

¡Oh, triste solitario,
Cuántas cosas te diera!
Yo cubriría tu tronco
De fiel enredadera,

Que te abrazara amante.
Pondría en tu copa nidos,
Y haría de tu ramaje
Pajarera vibrante.
Tomaría de tus ramas
Esas dos que semejan
Dos brazos maldicientes
Levantados al cielo
En loco desconsuelo,
Y de ellas formaría
La cruz, que se elevara
Sobre la tumba mía.

. . . .

¡Arbol triste y aislado
Tu destino y el mío
Tienen su analogía!

La canción del bello atardecer

Campo:
Eres grande y callado
Como mi pena.
Mi pupila se alarga
Para abarcarte.
Mi alma bate sus alas
Para cruzarte,
Y en loco aturdimiento
De liberación,
Vuela de un lado a otro
Recogiendo bellezas
Para volcarlas
en mi corazón.

Aquel jirón de cielo
Es como la bandera
De mi quimera.
La luz de aquella estrella
Que brilla temblorosa
Ante el sol moribundo,
Es fanal en mi mundo.
Los pájaros que tornan
Al nido tibio y blando
Sus correrías
Están contando...
¡Y quisiera correr!
¡Y no sé dónde ir!

Y siento un ansia loca
De vivir... de vivir...
¡De reír!...
¡De dejar de sufrir!

¡Oh, vida... vida... vida!...
¡Penetras triunfalmente
En mi alma dolorida!
¡Sacudes mi tristeza,
Y es mi voz un clarín que vibra
En una diana
A la Naturaleza!

¡Oh, vida... vida... vida!...

. . . .

En un árbol del monte,
Grabaré un corazón.
Será como una ofrenda
De mi emoción,
A este dulce momento que te debo
Y en el alma me llevo!

Mi oración a la fe

¡Fé! Báculo del viajero
Que marcha entre las zarzas del camino
Al azar del destino.

Estrella rutilante
Que al náufrago ilumina
Hasta el postrer instante.

Si eres,
Santo y seña del que cree.
Si pones en la mente
Del que va a la conquista: ¡Venceré!...
Si estás simbolizada
Por el leño de Cristo,
Si haces creer en lo arcano
Como en lo que se ha visto...

Si eres,
Escudo de la Suerte,
Consuelo de la Muerte.
Faro que guía,
Y abismo,
Donde escruta y escruta
El escepticismo...

¡Sé mi lazo de amor!!
Mitiga mi dolor,
Y planta tu bandera
En la cumbre más alta de mi Quimera!

Poema Crepuscular

La playa está desierta
E invita a meditar.
Cielo, nubes, espuma
De olas que van y vienen
Me hacen soñar.

Y cielo y mar se juntan
Ante mis ojos ávidos
Que preguntan.
—El horizonte
Es puerta cerrada
A mi mirada.—

¡Oh, surcar, traspasar
Esa línea infranqueable
Que ante mí está tendida
Y que agita mis ansias
Como cosa prohibida!

Y yo estoy en la orilla
Inmóvil e impotente
Como una roca,
En tanto mi alma vuela,
Vuela y choca,
Contra esa puerta
Que parece cerrada

Y a todos está abierta.

¡Horizonte... horizonte...
Fascinante atracción!...
¿Detrás de tí está acaso
Lo que ha soñado
Mi corazón?...
En tu puerta golpean
¡Mi ilusión!...
¡Mi ambición!...
¡Mi exaltación!...

¡Mar hondo... mar potente!...
¡Envuélveme en tu espuma
Y llévame allá lejos...
Donde el sol va dejando
Sus últimos reflejos!

Yo seré la sirena
Que solloza su pena
En la noche callada.

. . . .

¡Tal vez pase el viajero
En la barca esperada,
Y escuche la canción
De mi corazón...
A su corazón!

Brochazo

(MOTIVO PARA UN CUADRO)

Vasto campo de gramilla.

Un ceibo se alza en la orilla
De una laguna de plata.
Una flor se espeja en ella,
Como una estrella escarlata.

El sol, que se va ocultando
Para que brille la luna,
Lento, en un adiós de amante
Besa a la coqueta flor...
¡Y resplandor y color
Son una llama de amor
Que se apaga en la laguna!

Insomnio

Envuelta en honda penumbra
Mi alcoba es toda misterio.
El viento en las ramas llora
La leyenda del recuerdo!

Mi pensamiento se agita
Por sendas ya recorridas.
El insomnio triunfalmente
Se ha clavado en mis pupilas.

Llenan las evocaciones
La estancia, y como fantasmas,
Las ilusiones que han muerto
Bailan su macabra danza.

El reloj marca las horas
Con lentitud angustiosa.
Frío como una sentencia
Suena el tic-tac en la sombra!

Y mi alma llora!... y mis ojos,
En la oscuridad se agrandan!
¡Siento miedo!... ¡mucho frío!...
Y la aurora ¡tarda!... ¡tarda!...

Esa aurora que ha de ser
La anunciación de otro día.
¡El fin de una noche cruel!
¡Un paso al fin de la vida!

Nocturno de Carnaval

I

¡Carnaval!... ¡Carnaval!...
¡Quiero una careta para el corazón!
Mi espíritu escéptico,
Siente el acicate de la Tentación!
¡Carnaval!... ¡Carnaval!...
¡Dame una careta para el corazón!

De esa turbamulta,
Que grita estridente
Bajo mi balcón,
¡Róbame alegría
Y en su algarabía,
¡Apaga las luces de mi reflexión!
¡Dame una careta para el corazón!

Mi alma nunca supo
Ponerse antifaz
¡Hoy quiere ser máscara!
¡Préstale un disfraz!
¡Haz porque abandone su eterno dolor!
¡Porque eche en olvido a quien fué traidor!
(¡Máscara fué Amor!)

Y si Amor fué máscara,
¿Por qué yo he de estar

Con los ojos ciegos
De tanto llorar?...
¿Por qué si Alegría
Me viene a llamar
No la he de gustar?...

¡Siento el acicate de la tentación!
¡Carnaval: presta una careta a mi corazón!

II

¡Carnaval!... ¡Carnaval!...
En tu algarabía salvaje, brutal,
Se agranda mi mal!
Calle tu estridencia!
¡No la quiero oir!

. . . .

¡Alma mía: es inútil!
¡No sabes fingir!

Reto al Dolor

Dolor:
Mi boca se ha habituado a tu sabor
Y de tanto gustarte ya no te siento.
No me causas asombro,
Ni de tí me lamento
¿Es que te habré vencido?...
¿O es que no hay en mi alma un átomo
Que ya no hayas herido?...

Como siempre te espero,
No me infundes espanto,
Y ya no te tributo
Ni inquietudes, ni llanto.

Dolor:
Si has de volver a mí,
¡Clava tu garra sin compasión!
¡Clávala hondo... hondo... muy hondo...
Hasta que deje de latir
Mi corazón.

Reproche

Si yo derecho tengo a vivir,
Dime Destino:
¿Por qué te ensañas
En mi sufrir?
¿Por qué has vaciado
Mis cascabeles?
¿Por qué no suenan?...
¿Por qué su brillo
Tiene el fulgor
De los oropeles?

La escala loca de mi reir,
Siempre termina
En un sollozo
—Acorde justo de mi sentir.—

Dime Destino:
¿Por qué me obligas siempre a llorar?
¿Dónde el secreto de la alegría?

. . . .

Tal vez ha muerto la dicha mía,
Este constante
¡Pensar!...
¡Pensar!...

Mi Anhelo

El mar.
    Una barca.
Navegar y soñar.
Sol y nubes,
Y estrellas, y espuma
Y gasas de bruma,
Y rumor de olas,
Y estar,
Con mi dolor a solas.
Y pensar...
Y acariciar al sueño
Que no se pudo realizar
¡Soñar! ¡Soñar! ¡Soñar!
¡Y soñando...
A la barca de Caronte
Trasbordar!

En el Camino

La noche es como nn secreto.
A lo largo del camino
Hay dos árboles rodeados
Por la sombra del misterio
Como el cielo, están los árboles
¡Negros... negros!...

Dos árboles frente a frente!
Dos árboles que se miran,
Y que sin duda se quieren
¡Pero está el ancho camino
Que no deja que se acerquen...
Que no deja que se mezclen
Sus ramas verdes.

Sobre ellos brilla un lucero
Que los alumbra o los mira.
¿Qué habrá en la luz de esa estrella?...
¿Será un alma que en la vida
Vivió frente de otra alma
Y nunca logró alcanzarla?...

¡Oh, el camino de la vida
Que separa
A las almas que se ansían!

Esos árboles sombríos
Un símbolo me parecen.
Con sus ramas temblorosas...
Siempre erguidos...
Frente a frente...
¡Soñando con el abrazo
Que quieren darse y no pueden!

¡No!

¡No! Dos letras tan solo, y ¡cuánto pueden!
Breve sentencia que tanto hace, y dice.
Con un ¡no! le dí fin a mi quimera.
Con un ¡no! deseché lo que más quise.

Cuando el alma amorosa ¡sí! decía...
Mi voluntad con toda su energía
Impertérrita supo decir ¡no!
¡No! Mi labio obediente repetía,
Y en ese ¡no! que todo destruía,
En escombros mi vida se quedó.

La canción de la duda

¡No creer... no creer!...
No orar por ver inútil
La eficacia del ruego.
¡No creer!...
Ser el alma
Como un pájaro ciego
Que ambiciona volar...
Y que no sabe el sitio
Donde se ha de posar.

¡No creer... no creer!...
¡Dudar!...
¡Tener miedo de amar,
De vivir!...
¡Sólo morir desear!...

No creer en la vida,
Y cruzarse de brazos,
Y flagelar las carnes,
Y ahogar el corazón,
Y matar la ilusión!
Y estarse de rodillas
Sin saber si mirar
Al cielo o a la tierra,
Y callar... y matar
Todas las ambiciones

¡Y no anhelar
Por temer no alcanzar!

¡No creer... no creer!...
Es ver!!
¡Es luz que hace más negro
El padecer!

¡Oh, mis ojos que han visto!
Con la antorcha del alma
Alumbré los caminos
Pletórica de fe...
Y apóstata torné!

¡Amores... alegría...
¡No os detengáis ante la vida mía!
¡No creeré!
¡No creeré!

La única verdad

Una choza y mi perro.
Nada más ambiciono.
Una choza, y sus puertas,
Cerradas al camino
Sembrado de recuerdos.
¡Nada más ambiciono!
Que una choza y mi perro!

Serena la conciencia,
Y sereno el ambiente.
Puertas de choza y alma,
Cerradas... a la Vida y al Recuerdo.

Y así, aguardar la muerte.
¡Cual si ya hubiera muerto!

¡Si todo fué mentira,
Nada de aquello quiero!
A mi perro y mi choza
Se concreta mi anhelo.

¡Si en mi vida fué todo una mentira!
¡Todo!
Menos la mansedumbre de mi perro!

INDICE

I PARTE

II PARTE

OPINIONES

Cada uno de los intensos y tiernos poemas de Raquel Saenz, es un dulce ensueño tan hondamente sentido y tan bella y tiernamente cantado, que su emoción penetra el alma, contagiándola de la ternura intensa y sincera que hizo vibrar la lira de la gentil cantora.

Hacía mucho tiempo, desde los días lejanos ya, lejanos siempre apenas pasan de la adolescencia en que las dulces y vagas nostalgias de ideal están a flor de alma, que el más leve roce las hiere vivamente, no había sentido llegar tan adentro una viva impresión de lirismo como la que producen estos encantadores poemas. ¿Dónde está la magia de esta escritora para penetrar tan profunda y certeramente hasta en las más recónditas y ya dormidas fibras del lirismo en las almas? Esto es un don otorgado por los dioses a muy escasos y selectos espíritus. Este don no está en la técnica, no está en la sabiduría, en el artificio. Está en la exquisita sensibilidad y en la sincera y viva emoción.

Raquel Saenz es un espíritu todo vibrante de emoción, es un alma además diáfanamente sincera, y la poesía de sus ensueños se vierte copiosa en sus versos con tan dulce y serena ingenuidad que empapa y perfuma de su fragancia a cuantos espíritus se ponen en contacto con el suyo.

¿Importa dilucir a qué escuela pertenece? ¿Es clásica, es romántica? Pertenece a esa otra muchedumbre de ismos que ha brotado

desde que se hizo antiguo el romanticismo? Raquel es de la escuela que no se hace nunca antigua. La escuela de la poesía sincera, ingenua, lozana y pura.

. . . .

El viejo preceptismo encontraría en los procedimientos técnicos de esta escritora, blanco abundante para sus anatemas. Acaso ninguna de las novísimas sectas de vanguardia la admitiría en su respectiva iglesia. Sin embargo, no habrá seguramente un espíritu accesible a las vivas emociones del lirismo hondo y puro que deje de sentir la profunda impresión de belleza que sugieren estos dulces y sentidos versos sin detonancias grandilocuentes, sin rigideces académicas, sin extravagancias audaces, pero con encantadora, irresistible melodía, tierna, natural, elegantemente sencilla y conmovedoramente humilde, con aquella media voz suave e intensa que usaba Rosalía de Castro, que usaba Gustavo Adolfo, para dar huella de emoción que nunca se ha borrado de las almas. —
—*J. López Prudencio.* — («Correo de la Mañana», Extremadura).

Su libro «La Almohada de los Sueños» es como una cárcel de amor, no al modo logomáquico y sombrío de la de Diego de San Pedro, sino en semejanza luminosa, espacio-

sa, con árboles y surtidores, de la del rey Sundraka.

De la región del fuego donde arde con Safo y Francesca, va a la región de la ternura, donde Ofelia llora por Hamlet y donde Inés de Ulloa abre los brazos al satánico Don Juan.

. . . .

No es la hembra girasol atraída por el deslumbramiento de la gloria, —oro o laurel, trono o espada—. Es la mujer sentimental, sensible, sensitiva, que transforma en rosa de Hungría las úlceras del postrado.

. . . .

Pero esta carne, asaetada de deseos; esta alma, sedienta de ilusiones tiene otros combates de muerte: la angustia del pensamiento que decía Pascal; el «terremoto mental» de Rubén, Raquel Saenz en plena juventud va en el camino de la vida a la Duda como Dante Alighieri a la Loba.

Mas las cenizas del Eclesiastés encubren aquí a un ascua viva: la Juventud. Bajo el sayal está el laurel. Como las legendarias romeras, Raquel Saenz, bajo la media-loba, oculta el brial suntuoso. Las jornadas de Amor no tienen principio ni fin.

En tanto, saludemos a esta gallarda peregrina, que llega en nombre del Amor. Dios nuestro —*Benedicta qui venit Dómine*. (¡Ben-

dita la que viene en nombre del Señor). — *Cristóbal de Castro.* — («Nuevo Mundo», Madrid).

. . . .

Poeta de amor se reclina en «La Almohada de los Sueños» «pensando que la ventura consiste en soñar», y basta recorrer las composiciones del libro para convencerse de que la ventura, para ella, consiste en soñar, porque tiene un sueño único: el del amor perdido, y el sueño se lo hace otra vez presente y triunfador como en los mejores días.

Más que el sufrimiento en el abandono se escucha en su obra el grito de amor, la llamada al amado ausente; palpita en ella un espíritu propicio al perdón, ansioso de un olvido en la paz recuperada.

Quizá no haya más notas en todo el libro que éstas, variadas en tonos diversos, y bastantes para darle personalidad.

Raquel Saenz anuncia su nuevo libro: es difícil predecir el mañana de una inspiración tan personal. Aguardemos sus nuevos cantos. — *Enrique Diez Canedo.* — («El Sol», Madrid).

Poesía es más de lo que el diccionario nos dice. Poesía es el beso espiritual recibido en pleno corazón, cuando nuestros ojos se deslumbran por la belleza de las estrofas que diríanse formadas con gemas preciosas. Poesía es lo que nos estremece el alma, lo que nos hace sentir algo indefinible y sublime que nos eleva más allá de lo real. Todo eso es poesía y... todo lo hemos sentido hondamente, intensamente, al deleitarnos con la lectura de «La Almohada de los Sueños», este librito pequeño como un breviario y de cubiertas azules como un ramito de miosotys.

De clásico sabor algunas de sus poesías, con originalidad de metros otras, con desaliñada forma unas pocas, son, empero, todas ellas modelo de cadencia, sonoridad y armonía, y, sin excepción, en las estrofas de Raquel Saenz hay tal perfume de mujer, que bien podremos considerar a la autora de «La Almohada de los Sueños» como la poetisa más femenina de nuestros tiempos.

Si cada valor nuevo que surge en el mundo femenino es motivo de orgullo y de vanagloria para nosotras las mujeres, bien haremos hoy en echar a vuelo las campanas ante la consagración de Raquel Saenz. — *Regina Opisso de Llorens.* — («El Diluvio», Madrid).

. . . .

Son los versos de amor vibrantes y dolorosos de una mujer joven que ha sufrido una gran decepción sentimental. La sinceridad rebosa en ellos. En el periódico español «La Libertad», Cansinos Assens le dedica un elogioso artículo al que nos suscribimos enteramente. — *Albert Hennequein.* — («La Revie Moderne», París).

. . . .

La lámpara del amor arde en manos de Raquel Saenz con pura y clara llama. Su poesía es poesía de virgen, y su amor, amor soñado antes que vivido, sobre la blanca almohada de solitaria alcoba. Apenas si tiene en parte los sentidos ni la atarazan nunca materiales apremios. Es amor de embeleso y arrobo, de tiernas y ardorosas timideces, que nunca transpone los umbrales de las estancias secretas, pronto siempre a remontar el vuelo cuando siente languidez de beleño en las alas. Raquel Saenz no grita su amor con la pagana urgencia de otras paganas musas de América, ni ofrece su cuerpo en sazón sobre la tierra en Primavera. Su amor es amor de alma, que lucha con la tentación aunque siente su poder —el hombre faunesco—, y la vence; que está lleno de ardor y de deseo, y aspira, sin embargo, a sublimaciones ideales; amor contradictorio y enigmático, que, cuanto más vivo, más se empeña en negarse, transido de exquisitos medios

y altiveces, por lo que no cae nunca bajo el dominio de la verdadera tragedia. Por eso, aún en medio de su amargura, tiene su tragedia el aire pasmado y soñador de las cosas irreales, y su libro, no obstante encerrar en sus páginas el ciclo del pavoroso sentimiento de amor, parece ¡¡oh, privilegio de la castidad!, — la visión lúcida de una imaginada tragedia contemplada en un mágico espejo; la canción inspirada y profética de virginal sibila... «On ni sait jamais avec ces vierges-lá... — *Rafael Cansinos Assens.* — («La Libertad», Madrid).

Si hay un alma sincera, esa es la mía. Así pudo decir, como el verso rubeniano de Cantos de Vida y de Esperanza, esta poetisa uruguaya, cuyo libro, menudo y fervoroso como un breviario, triunfa ahora con su portada azul en los escaparates de las librerías de España. La sinceridad, tan ausente de las obras de hoy, ondea como un airón en este libro. Todas sus páginas son valientes, sentidas, verdaderas... Y sin falsía, sin comedia, sin literatura, como en aquella misma estrofa de Rubén. El collar de estos versos de una mujer está teñido en sangre de su corazón. Por esta misma sinceridad, el contenido del libro —todo emoción, todo sentimiento— no podía expresarse en artificios retóricos, en pomposidades de frase, en alarde de técnica, que no harían sino bastardear y ahogar aquel

fondo sincero. El amor y el dolor que inspiran el libro, hallan su expresión en versos que son sencillos y vibrantes a la vez. En su sobriedad está contenida toda la emoción del fondo. Una emoción, que muchas veces, para no ser artificiosa, ni falsa, ni retorcida, rompe las rejas de la forma y escapa para volar por el espacio azul con toda su temblorosa pureza.

. . . .

«La Almohada de los Sueños»... Ese es el libro: almohada de emoción y de ensueño para reclinar nuestro ensueño y nuestra emoción en las horas lentas del crepúsculo. Almohada confidente, almohada refugio, almohada-novia, para irle diciendo nuestras quimeras, nuestros sueños locos... Almohada a cuyo amor y a cuyo dolor vamos confesando el amor y el dolor que hay en la bruma de todas nuestras nostalgias y el oro de todas nuestras esperanzas.

El amor pasa, se recoge, grita y calla a lo largo de todas las páginas de este libro. Unas veces, el amor tiene música de besos y dulzura de remanso. Otras ruge, se desmelena, implora, arde. En unos versos, el amor se envuelve en el velo gris de los recuerdos. En otros, cree y espera, animado por un dulce presentimiento inmortal. Pero siempre es-

tá allí, vivo, palpitante, hecho nostalgia, posesión o deseo. El amor es el corazón del libro, y llega —como las arterias por el cuerpo— a todas las estrofas.

. . . .

«La Almohada de los Sueños» es el libro de una mujer que ha ido deshojando en él la rosa palpitante de su corazón. En cada verso hay un latido. En cada canción hay una ternura. Y todas las estrofas son una ardiente hoguera pasional, una constante exaltación de amor. Menudo y fervoroso como un breviario, este libro ofrece la emoción de sus poemas para rezar en ellos las plegarias y los gozos del divino amor humano. — *José Montero Alonso.* —(«Nuevo Mundo», Madrid).

. . . . . .

En un orto armonioso, se presenta en el firmamento de las letras hispano-americanas una gran poetisa. Hemos nombrado a Raquel Saenz. Y esta poetisa uruguaya aparece trayendo en sus finas manos como trofeo de emoción, como penacho de encendida y pasional sensibilidad, este libro de versos que acabamos de leer con singular deleite: «Mi libro —dice Raquel— es un jirón de mi vida». Esta declaración proclama cuánta es la sinceridad y cuánto es el calor humano que

hay entre las flores del lindo ramillete que es «La Almohada de los Sueños». Porque es lindo, además este libro. Tiene la graciosa belleza de la feminidad que lo engendró, y son sus estrofas, no sólo palpitaciones de un corazón emocionado, sino actitudes y maneras en las que una gracil gentileza pone su unción seductora. El talento crítico y la sagacidad literaria de Luis Ruiz Contreras —prologuista e introductor de este libro— aducen con acierto notorio que «La Almohada de los Sueños», «no siendo un laberinto» ni un museo, no necesita guía ni explicación». Y añade «que su mérito más relevante consiste en su mucha claridad y en su mucha sencillez». ¡Justas palabras! porque en efecto, cuando se intenta aportar un juicio crítico sobre este libro insinuante... frustra el designio las tentaciones de ponerse a reproducir trozos de estas poesías. Sólo así puede reflejarse la emoción fuerte y cordial del poeta en el ánimo y la sensibilidad del lector. La inquietud apasionada y fogosa de un alma femenina que está estremecida por ansias de amor halla en las estrofas de «La Almohada de los Sueños» alta expresión, que se hace muy viva y muy realista cuando interpreta la desolación de un amor que desfallecido, va a extinguirse... — («A. B. C.», Madrid).

«La Almohada de los Sueños» es para nosotros un nuevo descubrimiento literario en América.

Aquí hay otro poeta o mejor dicho otra poetisa, porque en todas sus composiciones siente y declara sus sentimientos «en mujer». Ya esto nos cautiva desde el principio y en el curso de la primera parte de la obra consagrada a expresar poéticamente impresiones y anhelos de amor, la viva sugestión de sus estrofas, mejor o peor compuestas, bajo el aspecto de la preceptiva, y según el criterio estético de cada lector, pero siempre honradas, sinceras, producto de algo que brota de lo más íntimo de su espíritu femenino, pugna por tomar forma adecuada y apta para trasmitir la emoción además de servir de desahogo lírico; en el curso de la primera parte, repito, nos parece que vemos a través de unos rayos X milagrosos, sobrenaturales, el alma de esta artista que ofrece sus estados de ánimo bellamente troquelados, para regalo del lector y enseñanza también. Domina Raquel Saenz el misticismo de la carne que es sagrado cuando arde en ella la llama del espíritu. — *Alberto de Segovia.* — («La Nación», Madrid).

Hace días en «El Sol» de Madrid el celebrado crítico y poeta, señor Enrique Diez Canedo, se ocupó de la personalidad de esta interesante poetisa uruguaya autora de «La Almohada de los Sueños». Este libro, del que

nos ocupamos en oportunidad, significa un alto valor dentro del concierto intelectual de América. Raquel Saenz «la enamorada del dolor» al decir de Cristóbal de Castro, posee todo un estilo propio, una personalidad única. Lírica de gran fuerza emotiva, pone en todas sus poesías un caudal de vigor y sentimiento.

Raquel Saenz, triunfó en América, y su triunfo repercutió en el viejo mundo. Luis Ruiz Contreras, admirado y a la vez asombrado ante la magnificencia de la obra, ha editado por su cuenta la edición española. Cansinos Assens entre nosotros, le ha prodigado calurosos aplausos. Tal es la situación de Raquel Saenz frente a la intelectualidad española; situación triunfadora en verdad, Raquel Saenz, con su obra original y admirable, ha de perdurar junto con Juana de Ibarbourou, Delmira Agustini —la inolvidable— y otros excepcionales valores líricos del Uruguay como una honra para la poesía de su país. — («La República», Barcelona).

Gracias a la oportuna mediación del culto literato don Luis Ruiz Contreras, los poemas que figuran en el libro de la poetisa americana Raquel Saenz, «La Almohada de los Sueños», han podido llegar hasta el gran público español, en una edición cuidada. Son poemas sencillos de una fuerza emotiva avasalladora; una «hoguera que se extingue, un corazón que desfallece, una sensibilidad que

se desgrana»— como dice bellamente el prologista. Y Raquel Saenz añade: «Mi libro es un jirón de mi vida». Una vida intensa, amargurada cruelmente por el amor y el destino, reflejándose, nítida, en esos versos llenos de dolor y pasión, que son como el exaltado breviario de un alma, el rosario de sus penas, de sus sueños, de sus ansiedades. — («La Noche», Barcelona).

Tienen estos versos de mujer una rara cualidad: para demostrarnos poéticamente que es mujer y que siente como tal, no necesita restregarnos por las nariceses sus secretas ansias y sus rojos anhelos. No milita Raquel Saenz en este grupo de poetisas de melena garzona que salen a lavar la ropa sucia al medio de la calle; no está enamorada de sus ojos ni de su cuerpo, como una heroína de Pierre Louys; en su poesía predomina como nota característica el pudor; un pudor tierno y encantadoramente femenino: hay en ella más que el deseo de ser amada, el deseo de amar, de proteger, de escudar con su cariño al hombre que haya despertado su pasión. Su poesía «El alma que espero», una de las mejores del libro, explica muy bien la orientación de su alma. — *Mariano Latorre.* — («Zig Zag», Chile).

Mucho me han agradado sus versos en los que el canto es singular y sincero con una

nota de veracidad perdida en nuestros vergeles.

. . . .

El encantador libro de Raquel Saenz no es la almohada de los sueños, sino en realidad la almohada de los insomios deliciosos. — *Ramón Gómez de la Serna.*

Tiene usted una naturaleza exquisita y un decir ingenuo. Cultive sus facultades y prepárese a escribir rompiendo la malla amorosa que la envuelve, levantando el vuelo a otro cielo más alto. Va la enhorabuena de su amigo y viejo compañero. — *Armando Palacio Valdés.*

Muchas gracias señora por su libro que acabo de saborear lentamente, deteniéndome en cada estrofa para embriagarme mejor en tanto amor del amor. Es un cantar del alma moderna, no menos vertiginosa que el de las mujeres de Salomón, pero más inquieta, más insegura, más tímida, más ansiosa, más sonriente, más púdica. Se ve que muy a menudo usted no se atreve a ir hasta el fondo de sus anhelos. Y se ve también, que otras veces esconde usted algo de la crueldad de su instinto entre velos irisados. ¡Oh las preciosas cosas que hay en «Tortura!», «Despertar el clamor de tus antojos!»

. . . .

Ha hecho usted bien en poner su retrato en su libro. Nos habíamos quedado con la

impresión de que en los gritos de amor de las poetisas, había algo de despecho de no ser bellas. En tanto que ante los ojos de usted, el amor se embellece de belleza y ya no inspira ninguna ironía.

Tú me has dicho
Que no hay otras pupilas
Más bellas...

Ha dicho muy bien el amante atormentado y feliz. En usted, la mujer es digna del genio que Dios le ha dado. — *Enrique Gómez Carrillo*

He agradecido mucho su libro que me confirma la justicia de los elogios con que esta obra ha sido recibida en España por los críticos más eminentes. Suscribo con verdadera satisfacción tan unánimes alabanzas y le deseo muchos triunfos tan resonantes como éste, complaciéndome en reconocerla como escritora y mujer y suscribiéndome de usted amiga y compañera. — *Concha Espina.*

En «La Almohada de los Sueños» incliné mi cabeza, cansada y soñé, mecido por los versos mágicos, el sueño de amor de la poetisa. — *Monteiro Lobato* (Río de Janeiro).

...Es muy raro ya, en la complejidad de mi vida derivada por cauces muy diferentes del literario en que se movió durante algunos años de mi juventud, que yo pueda volver a cultivar lo que fué encanto y ambición justamente de aquel tiempo... Pero ya me voy

contentando con poco, es decir, con menos de lo proyectado, entre otras cosas porque sería pecar de descontentadizo quejarse después de haber escrito más de 60 volúmenes. En todo caso, me basta con el premio que supone el aplauso de una literata como la autora de «La Almohada de los Sueños» de tan fina y elevada sentimentalidad. — *Rafael Altamira.*

Raquel Saenz, es el Becquer femenino. — *Pérez Lugin.*

Lo que me encanta en sus versos es, sobre todo, la «feminidad» a la vez que la «naturalidad». Sus versos dejan ver siempre a un fino espíritu de mujer, que se da sin «esfuerzo» ni «sabiduría». Las poetisas suelen ser sobre todo «cerebrales»; en usted me agrada el que sobre todo sea «emocional», poniendo el cerebro al servicio de su corazón, que es como en mi concepto corresponde a la poesía femenina, en que el tono menor es siempre el justo. Tan impropia me parece la «masculinidad» en el arte de una mujer, como la «feminidad» en el de un hombre... Y la considero el sector femenino más preciado del alma de Montevideo. — *José Santos Chocano.*

Hoy, al regresar, he encontrado sobre mi mesa de trabajo una preciosa almohada y recliné en ella mi frente cansada de tanto pensar cosas serias y no por cierto agradables!... Una hora exquisita me esperaba llevándome

lejos, lejos de las cosas tristes que me preocupan, para soñar, con la poetisa excelsa y vivir con ella entre sus versos, una hora melancólica y feliz.. Los he vuelto a leer, y claro como que ellos destilan vida vivida —que es dolor y es pasión, esto es, sufrimiento... Por eso sus versos van al corazón, Raquel —no queman con la sensualidad del deseo —pero evocan horas felices y *saudades* imposibles! Gracias por su precioso obsequio. Cordialmente. — *Paulina Luisi.*

Amiga mía: Acabo de recibir su libro y no he podido sustraerme al deseo de recorrer, al azar, algunas de sus estrofas Hablan los críticos de su ingenuidad, de su feminidad y de otros tópicos (tópico en el sentido netamente castellano y no traducido del inglés como aquí se emplea) socorridos cuando se trata de la poesía de una mujer. Hay algo más hondo y complejo en sus poemas. Acaso aún, en lectura apresurada y sobre manera incompleta no lo he captado yo. Más bien romanticismo, afán de más, superación y... ensueño, como usted misma define su libro. ......

Su admirador y amigo. — *Luis Jiménez de Asua.*

Recibí tu «Almohada de los Sueños» en su cuarta edición. Este solo dato es una prueba irrecusable de tu éxito, confirmado y avalorado por los juicios notables que lo acompañan. Puedes estar contenta y orgullosa de tu

obra; no creo que ninguna poetisa nuestra haya alcanzado hasta ahora esas pruebas inequívocas de triunfo.

Me alegro infinitamente por tí que reunes a tu talento poético un alma noble y un corazón abierto y generoso. Te felicito sinceramente y te deseo muchos otros triunfos como éste. — *Luisa Luisi.*

He aquí una mujer, en todo el esplendor de su juventud, para quien el cielo ha sido pródigo en mercedes. Le dió la belleza corpórea, todo el encanto que subyuga al hombre, anhelante de perfecciones para sus ojos en las duras realidades de la vida; y le dió al mismo tiempo la excelsitud del espíritu, la música interior que es alección al infinito de las almas privilegiadas. .... Raquel Saenz es modernista, pero una modernista que en cuanto a forma no lanza su Musa por despeñaderos, porque quiere el aprecio de la gente de sentido común, y en cuanto a idea, sabe guardar compostura.

Canta el amor, es natural, y canta a su amado, cosa natural también, pero lo hace sin ningún asomo de frenesí. Su poesía es como un suspiro del «Cantar de los Cantares», modelado en noche apacible, con recogimiento de ensueño y pureza; pero no con el pensamiento de un claustro, sino en el deliquio pudoroso del amor compartido. .... Es poetisa de verdad, y varias de sus composiciones tendrán que figurar siempre en toda

Antología Hispano-Americana que quiera dar idea exacta del movimiento poético de estos países. — *Ismael Enrique Arciniegas.* — («Revista Diplomática» de Colombia).

La felicito y me felicito que seamos muchos los que coincidimos respecto a la verdad de su talento. — *José María Delgado.*

Raquel Saenz es la poetisa que se ha anunciado al mundo con los esplendores de un astro. — *Fabio Fiallo.* — (Santo Domingo).

Leí «La Almohada de los Sueños» y la dí a leer a varios escritores. A todos encantó su poesía sincera y elevada, canto casi sin palabras, tan simple y tan original. Quise enviarle en prueba de entusiasmo mi aplauso. Mal pude escribir tres estrofas. Hay sentimientos de admiración que nos sumerjen en un ensueño o éxtasis, que la palabra no consigue expresar. Discúlpeme. — *Alberto de Oliveira.* — (Río de Janeiro).

Yo he sentido las vibraciones de su numen en cada uno de sus alados poemas. Son vibraciones de su alma. Para ella el amor, como la vida, es sueño. — *Federico Enriquez y Carvajal.* — (Santo Domingo).

La poetisa debe ser como Raquel Saenz: mujer siempre. Por eso ha sorprendido Raquel Saenz, porque es femenina en la concepción,

femenina en la construcción y femenina en la expresión. Hay en esta poetisa además de inspiración fácil, un sentido sensible de la belleza. Sus versos son espontáneos, claros emotivos, sin esa ampulosidad que los hace huecos, sin ese amaneramiento, rebuscado y violento, que los torna artificiales. Hay en ellos sentimiento, belleza y musicalidad: corazón. Esto explica que el libro «La Almohada de los Sueños» haya despertado la atención en esta época de tanta poesía física, geográfica y agronómica. La poesía la comprendo a manera del Duque de Rivas: pensar alto, sentir hondo y hablar claro, ajustando la unidad de la Belleza en la forma interna y externa. — *Faustino H. Teysera.* — (Coruña).

Libro menudo y seductor, se puede leer en menos de una hora, pues sus páginas, como las alas de un ave libre en el aire azul, son ligeras y fugaces. Después de terminada la lectura, nuestros oídos creen guardar el rumor de una voz melodiosa que nos ha confiado sus dulces confidencias... No hay una sola página del libro en que esta vibrante y apasionada mujer no haya puesto algo de su corazón, de un corazón femenino que sabe amar, que sabe sentir, que sabe emocionarse. ¡Las únicas cosas —es bien sabido— que puede llevar el nombre de poesía! — *Luisa Tablanca.* — («El Espectador», Bogotá).

Raquel Saenz es de un temperamento lírico tan fuerte, como pocas veces hemos visto en

mujeres de América. — *Fermín Estrella Gutiérrez.*

He leído su hermoso libro encantándome en cada página con la inspiración tan sentida y sutil que la destaca entre las mejores poetisas de América. Estoy seguro que habrá conquistado usted los mejores elogios de la crítica americana, y supongo que mis compatriotas sabrán saludar su hermoso triunfo como a un éxito de nuestras letras y de nuestra cultura. — *Eugenio Martínez Thedy.*

A través de sus poemas me ha sido posible descubrir la fuente de su quimera. Leyéndola he reclinado mi cabeza en «La Almohada de los Sueños» y he soñado. Muchas gracias. — *José Pedro Bellán.*

Su libro no ha sido para mí, como para otros, el carácter de una revelación súbita. Lo he visto nacer, poesía tras poesía, gozando del encanto íntimo y pristino de la belleza que no ha trascendido a la popularidad... He visto con satisfacción que ha sido unánime y cabal el aplauso que ha arrancado de su labor poética, si es que labor puede llamarse lo que para usted es sólo desahogo de su alma lacerada que se consuela soñando. Sus versos están cargados de emoción y saturados de vida. — *César Mayo Gutérrez.*

He escuchado la canción intensa de su corazón; el hondo secreto de su honda tristeza; el madrigal de «La suave crueldad», las coplas «Me aparté del camino», «El júbilo de hosanna», «El susurro de la medalla ignea» —«poca favila gran fiama seconda»— como canta Alighieri.

Sorprende su hábil sobriedad, la viril franqueza de sus giros, y el «Anhelo» tan sáfico de «trasbordar»... Beatos quienes logran trasmutar en imágenes y en ritmos adecuados las exaltaciones que los conmueve, infundir el hálito espiritual que las idealiza. — *Alvaro Armando Vasseur.*

Y cuando de sus panoramas interiores trasciende usted a los exteriores —como en «Brochazo» y los «Asfaltadores», resulta riquísima su paleta en colores y su pincel magistral en el distacco. — *Antonio Sagarna.* — Buenos Aires.

El nombre de Raquel Saenz ha conquistado popularidad y admiración en su patria —el Uruguay, tierra de poetas— y en el extranjero. Los versos de Raquel Saenz son leídos desde México y las Antillas hasta Chile y la Argentina, y allende el Océano se la conoce en España como a una poetisa nacional. La verdadera alma de Raquel se estremece en «La Almohada de los Sueños», libro de amor y de dolor. Hay en ella poesías turbadoras, de una sensualidad espiritual que se infiltra

en los nervios y los recorre exitándolos, como en «Tortura»... Hay en Raquel Saenz un estro poético inagotable, hermosísimo; un raudal de sentimiento; una mina de cariño. Cosas unidas hipostáticamente en el alma de Raquel y en «La Almohada de los Sueños»; espejo de su alma. — *Enrique de Gandia.*

Hemos dicho que Raquel Saenz es personalísima, y nos ratificamos. En su poesía no se advierte apenas influencia. Ella es toda alma, toda emoción, toda exquisitez. Hay acentos suyos que son un deleite para la mente, una noble satisfacción para el espíritu, y esos acentos que tienen la fuerza incontrastable de la sinceridad no han necesitado imitar el eco de otras voces: surgen al calor de una hora de emoción y se muestran con propio colorido en la forma y en el concepto. Ninguna de esas palabras viriles, ninguna de esas rebeldías de varón a que llegan algunas de nuestras contemporáneas para decirnos sus desgarramientos. Raquel es suavísima, tierna, indulgente. Altiva, sí. Dolorida también. Pero siempre mujer, muy mujer, con una comprensión, rarísima en nuestro sexo, que la inclina a perdonar. — *Adelia Di Carlo.* — («Plus Ultra», Buenos Aires).

En un país que ha dado a la lírica americana almas tan apasionadas y vibrantes como la enorme Delmira Agustini, la atormentaba

María Eugenia Vaz Ferreira y esa alondra mañanera que es Juana de Ibarbourou, resultaba difícil el triunfo de una nueva poetisa. Y cuando nos parecía que nadie iba a lograr el éxito de público de las tres primeras, he aquí que surge Raquel Saenz levantando un coro de alabanzas, haciendo hablar insistentemente a la prensa y logrando agotar en pocos días una edición de «La Almohada de los Sueños», libro de una sinceridad cautivadora. Raquel Saenz no se parece a ninguna de sus hermanas mayores: es ella, y la penosa mortificación que se la puede infringir es afirmar que en sus versos hay tales o cuales influencias. Tiene razón: ha resultado poeta sin proponérselo. «La literatura, nos decía cierto novelista europeo, es para los retraídos», y nosotros parodiamos aquí: «La poesía es un don de los tristes». Distingue a Raquel Saenz una melancolía que dista de ser una postura literaria. Aunque joven, ha sufrido mucho y el desencanto muerde su alma como un áspid. Cuando nos cuenta sus tristezas nos conmueve, porque no son dolores imaginarios los suyos. Sufre el mal de todos los grandes imaginativos, y sin embargo hay poca rebeldía en sus versos. Sus poemas, breves siempre, tienen una lozanía, una espontaneidad y un perfume que los hace inconfundibles. Es profundamente femenina: una de las poetisas más femeninas de la hora actual. — *Floridor.* — («Caras y Caretas», Buenos Aires).

...Una dulce ingenuidad envuelve en un ambiente azul de plata sus sueños amorosos, perfecta armonía espiritual son sus versos sonoros que como rozados por un aire ligerísimo tintinean suavemente... y el verso siempre exquisitamente gentil, discurso límpido y terso lleno de armonía interior, mostrando un cálido sentimiento de la naturaleza. En su composición «A mi Padre», Raquel Saenz vierte todo su afecto filial, se siente vista por él desde lo alto y aspira a ser buena para lograr unírsele algún día; hay algo de plegaria infantil en la fe ingenua que emana del poema... Y todo eso sencillamente, sin un alarde de erudición, sin una palabra rebuscada, con imágenes simples y figuras sencillas. Melodía ingenua que deriva a veces en un acompañamiento elegíaco y se convierte otras en un campanilleo de plata.

Por eso es sin duda que el libro de Raquel Saenz deja en el espíritu una benéfica influencia y un deseo de amar fuerte y alegremente la vida. — *«La Nación»*, Buenos Aires.

¡Privilegiado país del Uruguay que ha dado a América mujeres como las hermanas Luisi y María Eugenia Vaz Ferreira, como Delmira Agustini y Juana de Ibarbourou! Raquel Saenz no desmerece de sus preclaras compatriotas. Su musa es la del amor; pero no con el sentimiento trágico de Delmira ni con el exaltado panteísmo de Juana, sino con

su propia emoción; es siempre ella, sin influencias extrañas, espontánea y sincera, vibrante a la sugestión del momento. — *Angélica Palma.* Perú.

El alma desbordante y tumultuosa de la poetisa Raquel Saenz, da a sus versos la belleza salvaje y la majestad bravía de las tempestades. La cantora uruguaya se asemeja a nuestra Gilka Machado. Como un espejo límpido, su alma ardiente e impetuosa refléjase clara y nítida en sus versos... Parece que, de manos juntas, en la concentración de una paz solemne, ella inicia su confesión... El libro de Raquel Saenz alcanzó ruidoso suceso en todos los países de habla castellana. En Brasil lo reciben con enternecido cariño y honda simpatía. Es que ella, como la grande e inconfundible creadora de «Ansiedade», unge de orgullo y de Gloria el nombre de la mujer americana. — *Osorio Duque Estrada.* — («Jornal do Brasil», Río de Janeiro).

Raquel Saenz, es la poetisa del amor y del dolor; podríamos decir simplemente del amor. ¿Qué es amor sino sufrimiento? En los ojos tristes de esa artista embriagada de ternura, todos los aspectos de la vida se ofrecen en belleza porque se presenta bajo un velo de ensueño. Cuando Caliban gruñe no lo escucha, que el canto de Ariel le satura de dulzura el corazón... Raquel Saenz es un nombre que merece el culto de los enamo-

rados, vale decir de todos nosotros. — *Rosalina Coelho Lisboa.* — («Jornal do Brasil», Río de Janeiro).

...Los versos de usted me han hecho sentir el encogimiento recóndito que se llama «emoción» y esto bastaría para ahorrarme el manifestar que encierran poesía, que tiene usted meollo de artista y corazón bondadoso; el fuego cuyo interior se trasmite a lo largo de las líneas hasta lo interior de sus lectores emocionables y producen el milagro de captarlos para usted que los persuade «sintiendo». — *María Velazco y Arias.*

«La Almohada de los Sueños» es el título romántico del único libro que hasta hoy publicó la dulce y lírica poetisa uruguaya Raquel Saenz. Un tomo azul y pequeño como un retazo de cielo. Aquí lo tengo. Lo hojeo, lo acaricio. Será de terciopelo. Lo habrá bordado la artista en seda?... Raquel Saenz parodiará el limadísimo soneto de Joaquín Du Bellay: —Que los bravos narren bravatas, ridiculeces los ridículos. Conceptos, los conceptuosos; yo, que nací romántica, mis romanticismos contaré. — *Sylvio Julio.* — («Gazeta de Noticias», Río de Janeiro).

El caso de Raquel Saenz, dentro de la literatura uruguaya, es raro. En un ambiente absorbido por cuatro o cinco valientes poetisas, era inconcebible que surgiera otra. Sin

embargo, aparece Raquel y desde un principio entra a compartir los más frescos laureles que ostentaban aquellas cabezas privilegiadas. Traía con sus suaves versos, una juventud. Traía en fresco manantial el canto de una vida. — *Manuel García Hernández.* — («Diario de la Marina», Habana).

La humana y normal «feminidad» gauchesca de su madre se transforma en su hija Raquel en resignación y tristeza cristiana. Su elevado pesimismo a lo Leopardi, no es enfermizo sino, posiblemente, fruto de tempranas desilusiones, a las que acaso, debemos su poesía tan espontánea, tan amarga aunque sin hiel, tan limítrofe entre el grito sano de un temperamento joven y el lamento sin eco de un ya marchito optimismo. Su credo lo hallamos en su «Oración a la Fe» y su profesión poética en la bella introducción de la segunda parte de «La Almohada de los Sueños». Hay además reminiscencias de criollismo en «Brochazo» y en «El Camino». El poema «Los Asfaltadores», es el primer puente echado hacia los nuevos horizontes en que la musa de Raquel Saenz se inundará de luz. — *Hugo D. Barbagelata.* — «L'Amerique Latine», París).

Raquel Saenz ¡tan femenina! ¡Cómo es grata una mujer femenina! ¡Cómo enseña a sentir! Y, además, Buena con mayúscula. Ni «tan buena como», ni «más buena que». Bue-

na a secas, que es la única forma de bondad. Yo creo que la poesía en versos medidos, debe seguir existiendo para adorno de las mujeres poetisas. Yo no concibo a una poetisa deshilachada. La poetisa debe ser el orden, la mesura, lo armonioso, el ritmo, el consonante. Que se nos tilde de atravesados o de románticos. ¡Bah! lo de romántico es un elogio. Lo malo es que ahora se dice romántico a lo malo. Pero es para desacreditar el término. Las mujeres poetisas deben hacer poesía en verso.

Quede pues para el hombre el empuje de los nuevos ritmos. Vaya el hombre a otear horizontes nuevos para que su compañera se arriesgue a avanzar sobre terreno seguro. Dejemos para la mujer —ternura y miel— lo de los versos ordenados, lo del amor, lo del crepúsculo, lo del corazón, lo de los ojos. Y vayamos nosotros a ensuciarnos de grasa en esta lucha de arrancar las entrañas a las máquinas y dar el canto chorreando de la modalidad nueva.

Las poetisas son las dueñas de casa de nuestro rascacielos de belleza. Ellas, en nuestra ausencia, lo arreglan y lo adornan. Manos femeninas en todo. Buen gusto.

Raquel Saenz es la perfecta dueña de casa de los versos. Pulcritud. Uno abre su libro —que es un temblor de pájaro prisionero en la mano— y recibe la caricia de una pasión de mujer. ¿Qué más queréis. Volvéis a vuestra casa y os recibe el saludo gorjeo de esta

mujer que ha sufrido para hermosear el amor. Todos los armarios del recuerdo cargados de poesía limpia y olorosa. Olor a Amor: eso es el libro...

Raquel Saenz es una vibración restallante. Una vibración en espiral. Se abre por sobre todo y atrae a su órbita a todos los corazones doloridos... Raquel Saenz es la ayuda espiritual de las mujeres de América. Raquel Saenz es la amiga de todas las mujeres que sufren esta mala disposición de los sentimientos en hombres y mujeres. Raquel Saenz es un temblor contagioso que se escuda en su propia debilidad, de cosa que sufre, sufre y sufre. Y como la tragedia de Raquel Saenz fué, como esa tragedia que pasa por sus versos existió, es por lo que el libro tiene vida, late, marcha, contagia o cura. Es por eso que el libro se le adentra a uno y le estruja las fibras doloridas. — *Alfredo Mario Ferreiro.* — («Imparcial», Montevideo).

Claridad acariciadora, sentimiento suave, acertada y justa expresión, inquietud ardiente de los años juveniles en que la sangre corre tumultuosa por las venas; delicadezas sutiles, hondas melancolías que están cerca de las lágrimas, tristezas y entusiasmos de amor, de todo eso se encuentra en el libro que Raquel Saenz nos envía de Montevideo.

La lectura deja un rico sabor de cosa selecta. Son estos poemas de la señorita Saenz, la revelación de un excelente poeta que une, a la ardiente exaltación propia de la lírica,

el arte de escribir bien, ajustándose a las normas que dan a la palabra la musicalidad que pide el verso, si ha de ser bueno, y el tono elevado que corresponde a la obra poética. — («La Prensa», Buenos Aires).

Con la triple diadema de su belleza, de su juventud y de su talento, Raquel Saenz ha entrado triunfalmente en la poesía americana, como una de sus más ilustres representantes.

Es admirable la sensibilidad de esta dilecta intelectual uruguaya, que canta al amor y al dolor con matices nuevos, sugerentes, delicados. Hay una intensa espontaneidad en su obra, siempre femenina y emocionada. «La Almohada de los Sueños» es el título de su libro para el que la crítica ha tejido una verdadera corona de elogios, exaltando las cualidades máximas de esta notable poetisa pensadora. — («La Estrella», Valparaíso, Chile).

...Eso es el alma de Raquel Saenz: ensueño, mucho ensueño y también mucha ternura. Es una sensitiva dolorosa y cordial. Y lo conoce más hondamente todavía, porque después, a impulsos de su mismo dolor, ha tenido que dejar de amar, arrancándose el cariño de su corazón a manera de aquel ruiseñor sevillano, el de las «rimas» inmortales. «Como se arranca el hierro de una herida, —su amor de las entrañas me arranqué, — aunque sentí, al hacerlo, que la vida —me arrancaba con él». Esta estrofa de Bécquer

puede ser también de Raquel Saenz. Todo su libro lo está diciendo. Además, esta poetisa como aquel, desmaterializa su amor y lo reviste de pureza e idealidad. Raquel Saenz es una sensual, pero ha logrado, merced al sufrimiento, que su sensualismo sea del espíritu. Por eso sus versos están tocados de un alto y noble erotismo, el que consiste en trasmutar las pasiones inferiores en impulsos serenos de elevación y desprendimiento de los yugos de la carne. De esta manera la poetisa se vuelve una mística del amor, capaz de todos los ardores del cuerpo, pero comprendiendo que en la separación está el despertar íntimo de las cosas permanentes. — *Ricardo Tudela.*

Conocía «La Almohada de los Sueños» y tenía el propósito de escribir algo sobre este libro perfumado por el amor, el dolor y la belleza, y recomendar su saboreo, paladearlo, reproduciendo algunas de sus vívidas poesías, que no se me despegarán del alma.

Iba escribir sobre este libro, pero me enteré que no era un descubrimiento el que yo hacía, pues las revistas y periódicos del Plata abren sus mejores páginas a esta hermosa, joven y talentosa lírica.

. . . .

Hasta que Raquel hizo sangrar su corazón en flor, y hace brotar de él un raudal de música y una catarata de emociones que nos saturan de luna... Con su libro entre las ma-

nos, como un breviario, recemos una oración por el alma atormentada y luminosa de Delmira Agustini y dejemos de llorar su muerte, desconsoladamente, ante su reencarnación triunfal en Raquel Saenz. — *Facundo Recalde.* — («El Diario», Asunción del Paraguay).

................Su tristeza es profunda, pero cruza por su libro una ráfaga de emoción y perfume, de bello amor y hasta de amor atormentado y tempestuoso, de un amor lírico, y de un amor que clama desde la raíz de la carne y se eleva en la soledad torturadora poblada de solicitaciones. Y es profundamente personal en su verso. Ni Delmira Agustini, ni Juana de Ibarborou, ni ninguna de nuestras grandes poetisas que dijeron palabras de amor y de ensueño y trazaron la cifra del gran drama místico de los temperamentos, han dado esencia de poesía para ella. . . . .

. . . .

. . . . El romanticismo no ha muerto aún, y asoma entre las más desarticuladas métricas, oculto bajo la fronda inquieta de la nueva poesía desconcertante... Palpita en Raquel Saenz un verdadero romanticismo que perdura a través de las épocas y de las formas literarias. Aparece en su sentimiento, en su corazón, en sus ensueños, en la raíz de su vida, en el amanecer de sus amores, hasta en el hondo esperar que desfleca en notas doloridas y en estancias desencantadas. Re-

coge para su amor la luz de los crepúsculos dorados, la clarinada triunfal de la aurora, el profundo seno de la noche temblorosa de estrellas y sueños. Alza la copa sangrienta de su corazón y la derrama sobre el mundo... — *Enrique Rodríguez Fabregat.* («La Razón», Montevideo).

Raquel Saenz compuso su libro, lo dió a la imprenta y luego, modestamente, le dijo al público: —Mire yo he hecho esto: ¿quiere leerlo a ver que le parece?

Y el público y la crítica están unánimes en reconocerla como una gran poetisa uruguaya.

Ha triunfado con un arte suyo, con versos que le brotaron del alma, del corazón, repasando a solas el rosario de sus penas, de sus ensueños, de sus ansiedades. No hay en Raquel Saenz imitación ni siquiera influencia de nadie ni en el fondo debe nada a nadie; ha seguido el vuelo de su fantasía, y en sus versos nos lo cuenta todo ingenua, sencillamente, sin rebuscamientos, como se producen las artistas de verdad.

Raquel Saenz da la sensación de una mujer muy mujer, completamente ajena al empaque de «la intelectual» que tan atosigante resulta; es aún más que una mujer, pero una mujer que siente exquisita, hondamente sus dolores y sus alegrías, que tiene palabras de bondad para todo y para todos.

Conoce bien el dolor apurado a solas y sabe lo que son desengaños; su corazón se ha

fortalecido en él y canta sus intimidades sin despecho, sin rencores y sin amargura. — *Luis Bertrán.* — («El Día», Montevideo).

No es frecuente, por desdicha, señalar dentro de la literatura uruguaya la aparición de bellas y verdaderas exteriorizaciones poéticas.

En nuestro país se escriben versos en abundancia, quizá con excesiva abundancia, pero pocos, muy pocos, son los actuales que tienen la maravillosa, legítima virtud de conmover con una plena sensación de belleza, produciendo en el ánimo del lector la inequívoca impresión de hallarse ante un espíritu realmente lírico.

Tal lo que sucede con «La Almohada de los Sueños». No es necesario avanzar mucho en su lectura para comprender fácilmente que su autora, nos ofrece con un bello libro de poemas los frutos maduros de un alma exquisita que sabe de armonías recónditas y de largos y silenciosos cuanto inefables viajes por los inconmensurables espacios de lo ideal.

Sus versos rítmicos y sonoros, fluyen sin esfuerzo, ora agitados por el simún ardoroso de una pasión restallante, ora mecidos blandamente por el céfiro perfumado de íntimas nostálgicas, ora cruelmente atormentados por el torcedor de anhelos infinitos o dolores hondos...

Mezcla encantadora de alma mística y pagana, Raquel Saenz presenta en su libro una

maravillosa dualidad, tanto más cautivante, cuanto que sentimos en ella palpitar la franca espontaneidad que anima toda la obra.

Es por esto que, al leer ciertos versos de algunos poemas en los cuales vibra la nota aguda de una pasión incontenible, creemos por momentos ver pasar ante nuestros ojos el luminoso fantasma, ardiente y pensativo, de la inmortal Delmira. — «Imparcial», Montevideo.

Imp. L.I.G.U. - Cerrito 743